

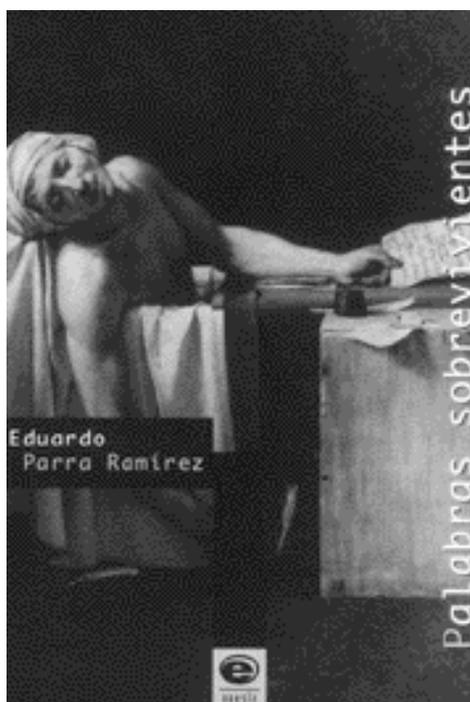
Palabras sobrevivientes de Eduardo Parra Ramírez

Guillermo Vega Zaragoza

Si este mundo fuera mejor, más razonable, menos estúpido, la aparición del primer libro de un escritor debería ser motivo de una gran fiesta, de una gran celebración, del reconocimiento de toda la sociedad, independientemente de si su calidad es alta, mediana o baja, ya que lo importante es el nacimiento de una carrera literaria y el hecho mismo de la aparición del libro, que sale al encuentro de su objetivo final, que son los lectores.

Fue precisamente Saúl Ibargoyen, hace ya algunos años, en su clase de poesía en la Escuela de Escritores de SOGEM, quien nos cuestionó acerca de la importancia de que la poesía cumpla su cometido, que no se reduce a ser escrita, sino que es llegar al lector. Todo mundo puede escribir poemas, pero un poeta no lo es porque los escriba o él diga que es poeta. El poeta lo es porque los demás, los lectores, luego de leer lo que escribe, lo reconocen como poeta, de la misma manera en que alguien es señalado en la calle con el dedo y reconocido por sus actos, por sus crímenes, por sus pecados. Alguien pasa y dice: “Mira, ahí va un ladrón”, o “Mira, ahí va una prostituta”. Así, el poeta lo es porque sus congéneres lo reconocen como tal a través de lo que escribe.

Por lo mismo, puedo decir, con total conocimiento de causa que Eduardo Parra Ramírez (enuncio su nombre completo para evitar confusiones) es un poeta. Y aún más: es un muy buen poeta. Ya la maestra Dolores Castro destacó en el prólogo de estas *Palabras sobrevivientes*, “la voz tan personal y originalísima” de Eduardo, que es la primera obligación de cualquier poeta: distinguirse de los demás. Sólo hay un Neruda, un Pellicer, un Sábines, un Paz, una Castellanos, un Ibargoyen, un Ruíz, una Castro. Y sólo hay un Eduardo Parra Ra-



mírez, éste, el poeta de estas afortunadas *Palabras sobrevivientes*. Abunda la maestra Castro:

Eduardo Parra Ramírez exige a la palabra no sólo que sobreviva, sino que se convierta en “la piel del corazón, con humedad de entraña”, y que le permita florecer en imágenes, en ritmos, en canto íntimo de atmósferas sorprendidas por su originalidad.

Todo primer libro de un poeta es una declaración de principios. Resulta inevitable que en su primera obra el poeta pase revista a los temas inmortales de la poesía de todos los tiempos: el amor, la vida, la muerte, la soledad, el poder, la sociedad, el mundo, el infinito. En los treinta y seis poemas del libro (que son los mismos años que ahora tiene Eduardo), este poeta, narrador, guionista y promotor cultural, nacido

en la Ciudad de México, egresado de la Escuela de Escritores de SOGEM, comparece ante el juez implacable de la página y nos ofrece su muy particular testimonio de su residencia en la Tierra.

¿Qué ha visto Eduardo Parra en su periplo por el planeta? Para empezar, desde luego, como a todos nos ha pasado, está “Ella”, que es “patio cerrado y fruta abierta”, “humedad de entraña, caliente como si estuviese prohibida”, que pinta en su lengua “algo como un mar”, a la que deja florecer, la escribe, no la deja ir, porque ella “ni quiere”. Se trata, pues, de la mujer primigenia, de la madre, de la diosa, en suma, de la poesía misma. En esta primera sección, que titula “La fiebre y la quietud”, el poeta manifiesta su extrañeza ante el cuerpo amado, ante la sensación de ser uno mismo y pertenecer al otro, a la otra, en ese rincón amado, a esa “ardiente oscuridad que es ya tu cuerpo muerto” en el que “espera por nacer”.

En este pórtico de su incipiente labor lírica, Parra se revela como un poeta del cuerpo, de la sangre, del fuego, de brasas ardientes que lo consumen para fundirse en lo otro, incluso con violencia, en el cuerpo amado, en la escritura de aquello que lo consume y desvanece, como si lo mirara “con los ojos de un dios aletargado”.

En la segunda sección, que lleva por título “Asombros del cotidiano espejo”, Eduardo registra, en efecto, su andar por el laberinto de las cosas simples, desde él mismo, como en ese ejercicio de “Autocrítica” donde pide “dejar en paz el corazón que comparte”, pasando por su padre, que como todos los padres “es un planeta” y que “es un poco su hijo”, en uno de los poemas más bellos de amor filial que sin duda se han escrito en la poesía mexicana, no tan descarnado ni tan largo como el del



Eduardo Parra Ramírez

Ma yor Sabines, pero sí más luminoso, tierno, implacable.

Está también la madre, Elvira, la tierra que “lo parió en un siglo inadecuado” y que es “un bebedizo servido muy despacio”, como debieron ser seguramente todas las madres de los poetas. Está la ciudad, “la ciudad-grito”, “la ciudad-rompecabezas”, el Paseo de la Reforma, los muertos de Tlatelolco a los que sueña que mata y lo matan, hombres rabiosos en cuyo corazón de pozo habitan alacranes y en los que se reconoce, un hotel de paso en el que murió un hombre que podía haber sido él; aparece también el mar fotografiado por la enigmática Eugenia (¿quién es ella: una niña, una mujer bellísima, una anciana, un fantasma, o quizás es, como Fuensanta, todas

las mujeres de todos los tiempos?; hay que leer los poemas para saberlo).

A estas alturas, Eduardo se nos ha revelado como un poeta de amplias capacidades expresivas. En sus versos hay ritmo, hay música, hay silencios, incluso en sus breves incursiones en la prosa poética. Esto demuestra que ya no estamos ante un poeta aún en busca de la voz que se acomode a su decir. Parra ya no prueba ni experimenta: demuestra y expresa con pleno uso de sus facultades poéticas. Por eso resultará sin duda estimulante leer sus próximas incursiones para corroborar el desarrollo de su madurez artística.

En la tercera y última sección, que le da título a todo el libro, el autor escudriña los recovecos de la palabra, explora sus alcances

y sus misterios, en una labor de búsqueda “en esta diaria lucha con el papel en blanco” en que “se va la vida”, en un itinerario en el que se transitan laberintos sin rendirse, traduciendo cuerpos “como criptogramas”.

En este sentido hay un poema que resume muy bien esa pesquisa de Eduardo Parra, que en realidad es la pesquisa de todos los poetas de todos los tiempos. Se titula, precisamente, “Indagación”:

Abrí tu cuerpo, amada;
diseminé tus tripas, por el cuarto,
desmenucé cada partícula de piel,
trituré, minucioso, los huesos, los
[cartílagos,
masqué tu médula, escudriñé tu sangre,
y no encontré tu nombre.
Queda la espuma.
¿Qué verdad no es espuma una vez
[dicha?

En mis manos
el enigma tremola y se sacude
como una débil y milagrosa llama,
como una voz que en la garganta
quisiese ser cantada.

He ahí, pues, resumida la labor del poeta: hurgar, destrozarse, escudriñar en la carne del mundo para desentrañar el enigma y sólo encontrar la espuma que se desvanece y de la que sólo queda una voz que quiere ser cantada. Y, en efecto, no son nuevas noticias, pero son noticias buenas la aparición de un nuevo libro de un poeta como Eduardo Parra Ramírez, con su voz única y originalísima. Sólo por eso vale la pena seguir teniendo fe en la poesía, en este nuevo siglo de cinismo, de incertidumbre, de caos y estupidez. La palabra, la poesía, como siempre, sobrevivirá, a pesar de todo. [U]

Eduardo Parra Ramírez, *Palabras sobrevivientes*, Editorial Eón, México, 2006, 105 pp. El presente texto fue leído en la presentación del libro en la Sala Adamo Boari del Palacio de Bellas Artes en la Ciudad de México el 7 de junio de 2006, en la que también estuvieron presentes Dolores Castro, Bernardo Ruiz y Saúl Ibagoyen.

Parra se revela como un poeta del cuerpo,
de la sangre, del fuego, de brasas ardientes
que lo consumen para fundirse en lo otro.